

EL OTRO QUE LLEVAMOS DENTRO

Seis y veinte de la mañana, veinte minutos más tarde de lo habitual, el despertador no sonó o no lo escuché. Tendré que apurarme.

La cama está tan linda... saco un pie de debajo de las cobijas buscando las pantuflas que siempre dejo al costado de la cama, pero no logro encontrarme con ellas. Raro... deben de haberse corrido cuando mi gato entró a jugar. Bueno, no importa, me quito el pijama, lo voy a colgar, pero ¿ya está colgado? No puede ser si lo tengo aún puesto, y sigo buscando las pantuflas pues mis pies se están congelando, definitivamente no están donde las puse anoche. Abro el placar para sacar la ropa de trabajo y ahí las veo, guardadas como hago todos los días después de ducharme, sólo que todavía no me he duchado ¿entonces?

Hoy no es una mañana como todas; voy al baño para abrir la ducha, pero al descorrer la cortina noto que está mojada, los azulejos chorreados como si alguien se hubiera terminado de bañar y el toallón también está mojado. Hay rastros de pasta dental en el lavatorio y el cepillo de dientes fue usado, pero es imposible porque todavía noto mi boca pastosa. No entiendo nada, miro a mi alrededor y sólo está Negrito, mi gato.

Vuelvo a mi dormitorio, la cabeza me da vueltas, me siento mareado y confundido. No debí haber tomado tanto anoche, ahora estoy con resaca y me hace imaginar cosas. Me siento en la cama, me pellizco para constatar que estoy despierto, me dolió.

Al diablo, pienso, voy a desayunar. Prendo la luz de la cocina, abro la alacena, estiro mi mano para tomar mi taza favorita pero no está, miro a un lado y a otro, la encuentro dentro del fregadero con rastros de un café tibio todavía, como recién terminado.

Escucho ruido de llaves, me asomo por la puerta de la cocina y mis ojos no pueden creer lo que ven, soy yo, con mi uniforme de trabajo, el cabello todavía húmedo, me estoy yendo a trabajar, pero... no soy yo.

Tengo que apurarme para volver a unirme a ese otro yo. Corro, tengo que llegar a la oficina a como dé lugar, no puedo dejar que esta persona haga algo indebido. Al llegar no entiendo lo que veo; el otro está sentado en el escritorio contando alegremente cómo conquistó a una señorita en la parada de colectivo, y todos alrededor escuchaban atentamente. Yo nunca logré que me contestaran el "buen día", sin embargo a él se lo ve desenvuelto y sociable. El típico ganador que todos quieren.

-¡Fernández! -grita mi jefe desde su oficina.

-¡Sí! -le dice el otro, sin prestar mucha atención al llamado.

-Fernández -volvió a decir el jefe, pero esta vez viniendo hasta mí o mejor dicho hacia el otro- ¿no me escuchó que lo estaba llamando?

- Sí, sí lo escuché, pero estaba ocupado conversando con mis compañeros sobre algo importante que me sucedió camino al trabajo.

-Está bien cuando termine alcánceme los expedientes de las cuentas de las empresas que tenemos que manejar este mes.

-Claro, señor, ya las llevo a su despacho. Bueno compañeros, la historia ya terminó, el trabajo me llama. ¡Ja, ja, ja!

Se dirige al archivero, donde están guardados los expedientes y ahí me animo a arribarlo:

-¿Quién sos?

-¿Cómo quién soy? ¿No te conoces? Soy vos.

-No imposible, parecés un hombre de unos treinta años y yo ya cumplí hace un mes cincuenta y tres.

-No, te parece que tengo menos años, pero en realidad lo que ves de diferente es que recuperé energías y ganas de vivir, tengo nuevamente el dinamismo y las ilusiones que tenías hace veinte años atrás cuando entraste pero ahora, que no sé dónde quedaron tus sueños, te ves viejo y amargado.

-Y... ¿por qué estoy desdoblado? Sólo recuerdo que anoche bebí mucho, había tenido un problema en la oficina, llegué de mal humor y me prendí a tomar hasta quedar dormido, pero después de eso no recuerdo más.

- ¿De verdad no recordás nada de lo que pasó?

-No, pero como presiento que vos sí sabes ¿me podrías poner al tanto y explicar qué hago hablando con mi yo veinte años más joven?

-Paso a contarte, llegaste a casa y realmente te sentías frustrado, nunca te habías sentido así, lloraste, gritaste, rompiste cosas y después te preguntaste una y otra vez ¿dónde están mis energías de juventud? ¿Dónde están esas ilusiones que este trabajo me provocaba ¡? Y en un momento te empezaste a dar la cabeza contra la pared y a repetir quiero volver a tener esas energías, quiero volver a tener ese entusiasmo, y no sé qué extraña conjugación de planetas se habrá producido porque de inmediato sentí que salí de tu cuerpo y tomé vida propia pero con esa alegría que tenías antaño. Este tipo estaba adentro tuyo, sólo que lo habías encerrado y no lo dejabas salir. Pero anoche me liberaste, me volviste a la vida, y hoy a la mañana mientras vos dormías me decidí a ocupar un poquito de la vida que vos tenías. ¿Te pido un favor? No me vayas a arruinar este momento, ¿por qué no te tomás el día, te vas a casa, te das un baño, te ponés algo presentable, te quitás del todo esa resaca y dejás que yo siga acá, disfrutando. O

mejor todavía por qué no vas a ese parque que tanto te gustaba, el que tiene la fuente con las aguas danzantes, ¿te acordás cómo te deleitabas mirándola? Permitite disfrutar un día diferente, ¿Cuánto hace que no tenés un día libre? Andá, total acá yo te cubro las espaldas.

Lo miré, y me dije tiene razón, este pedacito de mí que tenía hace tanto tiempo arrumbado vaya a saber dónde hoy me está dando una lección: que puedo volver a disfrutar, que tengo que aprender a hacer lo que me gusta. Que en la vida no todo es responsabilidad y seriedad, que también trabajando uno puede relajarse y ser feliz. Tengo que recuperar la alegría perdida, sí señor.

Gracias, me escuché decir... pero el otro Fernández ya había desaparecido, y de pronto dentro mío sentí unas ganas tremendas de cantar, y empecé a silbar un tango mientras llevaba a mi jefe los expedientes de las cuentas que teníamos que manejar este mes que estaba esperando.